

# CONSECUENCIAS DE LA CAÍDA EN ADÁN Y EVA

## 1. Alejamiento de Dios

La persona humana se reconoce a sí misma y alcanza su perfecta realización en una relación tridimensional:

- a) el hombre está ligado a Dios, de quien depende en todo su ser;
- b) necesita estar integrado en sí mismo;
- c) es un ser social, destinado a perfeccionarse en comunidad. Por el pecado, ha quedado sin la vida divina, alienado en sí mismo y enemistado con su prójimo.

Al rebelarse contra el precepto divino, nuestros primeros padres quedaron separados de Dios. En efecto, por Gen. 3:8 nos damos cuenta de que, tan pronto como Adán y Eva comieron del árbol prohibido, huyeron de la presencia de Dios y se escondieron. Habían perdido la comunión con Dios, quien, como se insinúa en el texto sagrado, descendía para caminar con ellos por el Edén «al aire del día», es decir, con la brisa del atardecer que les anunciaba el acercamiento de Dios (comp. con Cant. 2:17).

Si la comunión con Dios implica la vida eterna (de ahí, Gen. 5:24, en el caso de Enoc, y 2Rey. 2:11, en el caso de Elías), la separación de Dios comporta la muerte (Gen. 2:17): la muerte del espíritu, que es el pecado, el cual conduce a la muerte segunda, o muerte eterna, y la muerte orgánica, que es consecuencia obligada del pecado (Gen. 3:19), puesto que el ser humano es un sujeto único para vida o para muerte. La constitución del organismo humano tiende ahora a la descomposición, pero cuando estaba recién salido de las manos de Dios, disfrutaba de la justicia original y, por ello, gozaba de una perenne juventud, directamente causada, o simplemente simbolizada, por el árbol de la vida (V. Ap. 22:2). La semilla de la muerte, introducida por el pecado (Rom. 5:12), comienza su obra (Gen. 4) tan pronto como le es negado al hombre el acceso al árbol de la vida, y así se torna en un «ser destinado a morir».

Al perder la semejanza con Dios, el hombre sufre una depravación total. Por el pecado original, y ya en el mismo acto del primer pecado, el hombre se comporta de modo egocéntrico y autosuficiente, buscándose a sí mismo en vez de a Dios, y desplazando así al Ser Absoluto del trono de su corazón. A esto se refiere lo que escribe Agustín de Hipona en su Ciudad de Dios acerca de los dos amores que forman los dos ejes de la conducta humana: «el amor propio hasta el desprecio de Dios... y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo».

## 2. Alejamiento de sí mismos

Gen. 3:7 nos refiere que «fueron abiertos los ojos de ambos»; no porque antes hubiesen sido ciegos, ni porque hubiesen desconocido lo sexual (según imaginaron algunos de los llamados «Santos Padres»); menos aún, en el sentido que les había prometido la serpiente («seréis como Dios»); sino como indicio de que se habían hecho conscientes de su pecado y del conflicto que esto representaba con la voluntad de Dios.

Al desobedecer a Dios, el ser humano queda alienado, fuera de sí. Así se entiende mejor el profundo sentido de la pregunta de Dios a Adán: «¿Dónde estás tú?» (vers. 9); como si dijera: «estás fuera de ti, al no estar en el lugar que te correspondía según mi plan para ti». El ser humano ha perdido por el pecado la integridad con la que salió de las manos de Dios, y ahora se encuentra dividido, fragmentado en una serie de afanes, anhelos y aspiraciones que le pervierten (V. Ecl. 7:29) y le descarrían (V. Is. 53:6). Como aquel endemoniado de Gerasa, puede gritar: «Legión me llamo, porque somos muchos» (Me. 5:9). Y, al alienarse, el hombre resulta un desconocido para sí (Gen. 3:7), como lo es para Dios (V. Mt. 25:12 y, en cierto modo, Rom. 7:15ss.).

### **3. Alejamiento del prójimo**

Las tres preguntas que Dios dirige a Adán en Gen. 3:9,11 (la del v. 13 es una exclamación, más bien que una pregunta), van hechas con el fin de que el hombre, tras su caída, reflexione sobre lo que acaba de hacer, se arrepienta de su pecado, y lo confiese en la presencia de su Hacedor. Pero Adán no se acusa, sino que va presentando excusas. Primero es la de que se encontraba desnudo; pero viendo que tal excusa no sólo no le vale, sino que le acusa todavía con más fuerza, descarga cruelmente toda la culpa de lo sucedido sobre el único prójimo que tiene a su lado, que es precisamente su propia mujer: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí» (v. 12). Como queriendo insinuar: «yo no tengo la culpa, sino ella... y tú, por habérmela dado por compañera».

### **4. La sentencia de Dios**

A continuación de las palabras de Adán, Dios pronuncia su sentencia sobre los culpables:

A) En primer lugar, pronuncia su maldición sobre la serpiente (v. 14). La frase «Sobre tu pecho andarás...» no pretende implicar que la serpiente hubiese tenido antes patas, sino que da un nuevo sentido de castigo a su constante arrastrarse por el suelo. «Todos los días de tu vida» equivale a decir: «mientras dure tu especie». El v. 15 contiene ya el primer anuncio del futuro Redentor (primer pacto de gracia, por lo que también se le llama «Proto-evangelio»), con su victoria total sobre el demonio —hiriéndole en la cabeza, que es lo que más celosamente protegen las serpientes—, conseguida en la Cruz del Calvario, mientras el demonio le hiere en el calcañal, es decir, en la parte más débil de la naturaleza humana de Cristo. También anuncia este versículo la perpetua e instintiva enemistad de la mujer hacia las serpientes y, en un contexto soteriológico, entre el reino del mal, capitaneado por Satanás, y el reino del bien, encarnado en Jesucristo, «nacido de mujer» (Gal. 4:4).

B) La sentencia contra la mujer (v. 16) no encierra una maldición, puesto que, a pesar de las penalidades que conllevan la gestación, el alumbramiento y el sacar adelante a los hijos, su instinto maternal la inclinará de un modo casi irresistible hacia el varón, tanto que la esterilidad será la mayor desdicha, como una maldición, para la mujer hebrea. Así que las palabras: «Multiplicaré en gran manera los dolores...», equivalen a decirle a Eva: «A ti no tengo que maldecirte... ¡bastante tienes!».

C) La sentencia impuesta a Adán comienza con una maldición, no a él, sino a la tierra, la cual se le tornará hosca e inhóspita; de tal manera que, lo que hubiese resultado una ocupación agradable

y amena, de no haber entrado el pecado en el mundo, requerirá ahora un esfuerzo trabajoso que provocará el cansancio y la fatiga (vv. 16-19), aunque el trabajo no dejará por eso de ser una fuente de bendición, a fin de que el hombre siga ejercitando su poder creativo para la investigación y el progreso (Gen. 2:15; Ecl. 3:9-13), y no sólo para su sustento y el de su familia.

El v. 18, parece indicar una dieta vegetariana, pues se le dice: «comerás plantas del campo» (comp. con Gen. 9:3, en que a Noé se le permite comer carne), como producto del cultivo, puesto que lo que la tierra produzca espontáneamente, no le servirá para comer (v. 18).

## **5. La misericordia de Dios**

Gen. 3:21-24 es una muestra más, entre otras, de la misericordia de Dios con nuestros primeros padres, además del anuncio del Redentor insinuado en el v. 15. En el v. 7, vemos que Adán y Eva, al darse cuenta de su desnudez (tanto corporal como espiritual), pretenden cubrir su inocencia perdida, ensartando grandes hojas de higuera para surtirse de ceñidores o pequeños delantales; con ello mostraban, una vez más, su afán de autosuficiencia. Dios, por su parte, ejercita su libre y soberana iniciativa en el castigo y en la misericordia:

A') En primer lugar, arranca los ceñidores de hojas de higuera con que Adán y Eva pretendían cubrirse, y los viste de pieles de animales (v. 21), sin duda más confortables. Los rabinos ven aquí el ideal judío de la imitación de Dios. Dice Hertz: «El principio y el fin de la Torah es demostrar la ternura misericordiosa: al principio, Dios viste a Adán; al final, entierra a Moisés». Es correcta la observación de Hertz, pero no se puede pasar por alto el sentido simbólico de dichas pieles, que apuntan ya a un primer sacrificio de animales, con lo que, en cierto modo, se inauguraba el pacto de gracia de Dios con Adán y Eva, prefigurando el futuro sacrificio del Calvario, al par que se mostraba la soberana iniciativa de Dios en la salvación del hombre caído.

B') Tras vestir a nuestros primeros padres de pieles de animales, Dios los saca del Edén, que ya no es su lugar (v. 23), y les cierra el acceso al árbol de la vida (vv. 22,24), porque un ser humano rebelde a Dios y conocedor de los secretos del mal resulta temible en grado extremo, si ha de sobrevivir para siempre. Dice Sforza: «Una inmortalidad obtenida por medio de la desobediencia y vivida en pecado (una vida inmortal del Intelecto sin Conciencia), hubiera hecho fracasar el plan de Dios al crear al hombre». Por eso, Dios le sacó de allí para su bien. Hertz, con típica óptica judía, piensa que, por medio del sufrimiento y de la muerte, nuestros primeros padres llegarían a levantarse de nuevo a través de la purificación, y concluye: «El pecado conduce al hombre lejos de la presencia de Dios, y cuando el hombre destierra a Dios de su mundo, se ve forzado a vivir en un destierro en vez del Paraíso».

C') En cuanto a los querubines del v. 24, Hertz hace notar que, como «ángeles de destrucción» (según el rabino Rashi), son símbolos de la presencia de Dios (V. Ex. 25:18). En estos ángeles de espada flameante que se revolvía en todas direcciones para impedir la entrada en el Edén, los cristianos vemos, de acuerdo con Dt. 4:24 y Heb. 12:29, que «nuestro Dios es fuego consumidor»; y lejos de pensar, a la manera judía, que Adán y Eva llegaron a descubrir el Arrepentimiento y acercarse por sí mismos a Dios fuera del Edén, sabemos que nuestra salvación sólo fue posible cuando Jesús, el «ángel de Yahveh», es decir, el verdadero mensajero de la

misericordia divina (Jn. 1:17), sufrió la espada flameante de los querubines para rescatarnos en el Calvario el árbol de la vida (V. Ap. 22:1ss.).

## CONSECUENCIAS DEL PECADO DE ADÁN EN SU DESCENDENCIA

### 1. Dos aspectos del pecado original

Cuando se habla de «pecado original», es preciso distinguir en él dos aspectos, puesto que puede tomarse: a) como acto personal de Adán (pecado original originante), al que Rom. 5:14,15,17,18,19 llama prevaricación («pa-rábasis»), trasgresión («paráptoma») y desobediencia («pa-rakoé»); b) como pecado de toda la descendencia de Adán, en él y con él, e incluso como efecto de dicho pecado en Adán mismo y en Eva (pecado original originado), al que Rom. 5:12,13,16, 20b, 21 llama simplemente pecado («ha-martía») en el sentido de errar el blanco y fallar el propio destino. En este último sentido (pecado originado), tomamos el pecado original en la presente lección, es decir, como condición pecaminosa y depravada, inducida por el pecado de Adán en nuestros primeros padres y en sus descendientes.

### 2. Historia del desarrollo teológico de esta doctrina

Tertuliano parece haber sido el primero que habló con claridad del pecado original, al que llamó «vicio de origen», como una tara hereditaria común a toda la descendencia de Adán. Dos siglos más tarde, Pelagio (360-422) negó rotundamente el pecado original originado, agregando que el pecado de Adán le perjudicó sólo a él. Agustín de Hipona reaccionó contra este error, afirmando la total depravación de la humanidad por obra del pecado de Adán, de quien —dijo— heredamos una corrupción culpable. Poco después, los llamados «marselleses» (semi-pelagianos) admitieron la herencia del pecado original y nuestra inclinación al mal, pero negaron la total depravación, concediendo al hombre caído la suficiente capacidad para orientarse hacia el bien y buscar la salvación.

Tras Tomás de Aquino (1224-1274), se acuñó en la Iglesia de Roma la frase de que, por el pecado de Adán, el hombre había quedado «despojado de los dones gratuitos y herido en los dones naturales». Esta frase ha sido entendida por la escuela dominicana en el sentido de que las facultades naturales del hombre caído han sufrido algún deterioro en sí mismas, pero la escuela jesuítica, más cercana al semipelagianismo, la entendió en el sentido de que dichas facultades habían quedado intactas, aunque desguarnecidas de la cobertura de los dones preternaturales, de modo que el hombre caído se diferencia del hombre que, según ellos, pudo haber sido creado con sólo los dones naturales, de manera parecida a como se diferencia un hombre desnudado de otro que siempre ha estado desnudo. El Concilio de Trento definió que, por el bautismo, se quita todo lo que tiene «verdadera y propia razón de pecado», y que es cierto que todavía «queda en los bautizados la concupiscencia», pero que, aunque el Apóstol llama «pecado» a la concupiscencia (Rom. 6:12ss.), no es «porque sea verdadera y propiamente pecado en los renacidos, sino porque procede del pecado e inclina al pecado». Y añade: «y el que opine lo contrario, sea anatema».

La escuela liberal niega, por supuesto, el pecado original. Lo mismo hace el ala progresista de la Teología de Roma. El Nuevo Catecismo Holandés dice explícitamente que no debemos imaginarnos que haya existido jamás un estado paradisiaco de perfección e inmortalidad; que el

llamado «pecado original» no es pecado en el ordinario sentido de la palabra; y que la repetición del numeral «uno» en Rom. 5:12ss. «es tan sólo parte del ropaje literario, no el mensaje».

La Reforma volvió a apoyarse en el concepto agustino de pecado original, aunque con algunas variantes que consideraremos más adelante.

### 3. Análisis de los textos bíblicos

A) El Sagrado Libro del Génesis, caps. 3 y 4, tras referirnos la caída y sus consecuencias en nuestros primeros padres, nos refiere sus efectos en Caín y en sus inmediatos descendientes. 6:5; 8:21 nos declaran la generalidad de dichos efectos. El Salmo 51:5, por boca de David, afirma: «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre».

B) El texto clásico es Rom. 5:12-21, denso en doctrina:

a) En él se habla de la entrada del pecado en el mundo mediante un sólo ser humano y, por el pecado, de la muerte total de cada sujeto humano, de tal manera que todos pecamos y, por tanto, todos morimos, aun los «que no pecaron a la manera de la trasgresión de Adán» (v. 14), es decir, aun los que no imitan a Adán pecando con su propia voluntad personal (por ej. los carentes del uso de razón).<sup>31</sup>

b) El paralelismo entre Adán, insinuado en el vers., se presenta con toda su fuerza en los vv. 18 y 19: así como Adán es el introductor del pecado y de la muerte, así también Jesús es el Mediador de la justicia y de la vida. Por tanto, la antítesis se desarrolla así: del mismo modo que todos pecamos en Adán y con Adán, y, por eso, somos condenados y morimos en solidaridad con él, así también somos descargados de las culpas en Jesucristo y, por eso, recibimos la justificación y la vida en solidaridad con él.

c) Al acto de Adán se le llama prevaricación = un mal paso («parábasis»), trasgresión = pasar la barrera («paráptoma») y desobediencia («parakoé»), mientras que al acto de Cristo se le llama justicia («di-káïoma» =; hecho concreto) y obediencia («hypakoé»).

d) La trasgresión de uno solo induce la condenación de todos los demás, por la que somos presentados (nótese el original «katestáthesan» = culpabilidad imputada) como pecadores; la justicia de otro solo induce la justificación («dikáiosin» = el acto de justificar), por la que somos presentados («katakathésontai» = justicia imputada) como justos.

C) En 1.a Cor. 15:21-22, se dice explícitamente que «en Adán todos mueren». Aunque en 1.a Cor. 15, el énfasis recae sobre la muerte, mientras en Rom. 5 el énfasis recae sobre el pecado, una vez que sabemos por Rom. 5:12 que la muerte es efecto directo del pecado, podemos lógicamente concluir que todos pecamos en Adán, puesto que todos morimos en él.

Hay quienes aducen también Ef. 2:3: «...éramos por naturaleza hijos de ira». Es cierto que dicho pasaje implicaba, sin duda, en la mente de Pablo la idea del pecado original, pero la expresión «por naturaleza» indica directamente el estado del hombre natural, más bien que la condición pecadora adquirida por nacimiento.

\*\*\*